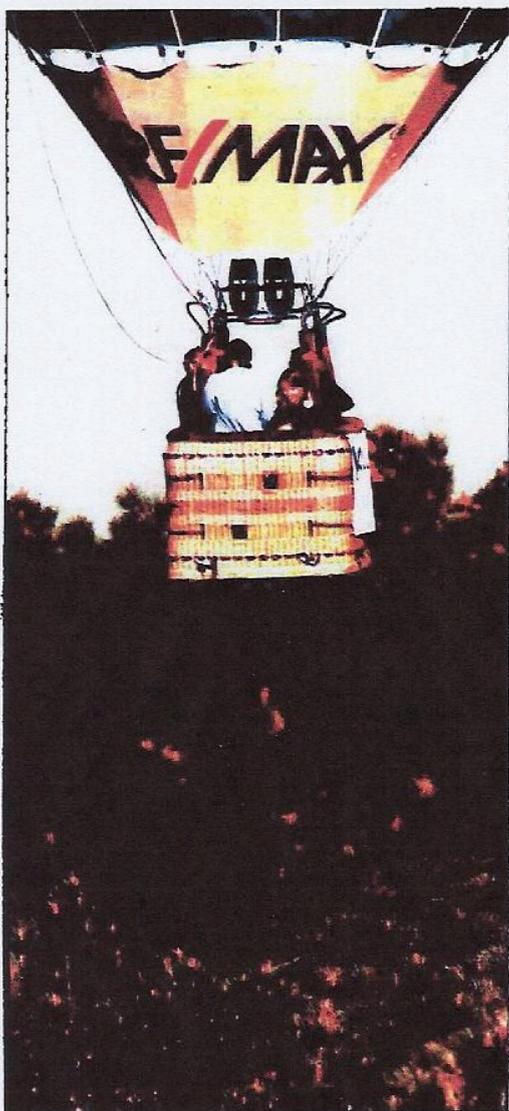




El número ideal de pasajeros para un vuelo es cuatro personas (contando con el piloto), y el mejor momento para salir es a primera hora de la mañana, cuando el sol todavía no ha 'activado' los vientos.



Inspeccionando el pinar de Navacerrero y recogiendo piñas. / FOTOS: JABE VILLANUEVA

Aerostación. La sensación es como estar flotando en mitad de la atmósfera. Abajo, las liebres corren y el silencio sólo se corta con el propano calentando el aire. Por 150 euros cada pasajero, ya se puede rozar las nubes desde Madrid Xanadú

De paseo en globo

CÓTE VILLAR

Oiga, para Soria... ¿por dónde se va? Y se parlen de risa. La situación, claro, hay que explicarla: un señor montado en un globo aerostático busca epatar al paisano de turno, baja a una distancia prudencial y pregunta a voz en grito lo de Soria. «La gente es tan buena que te indica por dónde es mejor tirar». Tomaduras de pelo aparte, si usted quiere: a) sorprender a su pareja pidiéndole la mano en globo (ha ocurrido); b) saber dónde se encuentra a vista de pájaro cualquier provincia española; c) sentir el subidón de adrenalina que produce flotar sobre los árboles, o cualquier otra idea que se le ocurra en formato globo aerostático, ahora ya tiene el lugar idóneo para hacerlo: el parque de nieve Madrid Xanadú.

Es una manera de poner al alcance de la mano una actividad tradicionalmente reservada a unos pocos. Una aventura relativa. Los mejores momentos para volar son aquellos en los que el viento cae: el amanecer y el atardecer. Conforme el sol va calentando la atmósfera, hacia las horas centrales del día, se levantan brisas que obligan a aterrizar. Porque el mayor encanto de los globos es que apenas se pueden dirigir, que no se sabe dónde van a aterrizar, que dependen de los vientos y de las condiciones meteorológicas en general y que, a pesar de todo eso, representan la manera más segura de volar.

Como no todo el mundo guarda 30.000 euros en el bolsillo (precio aproximado de este tipo de vehículos), una forma de experimentar esa sensación única de flotar entre el

viento, es contactar con la empresa Aeropromotions (de Manuel Duque, primo del astronauta), que empieza a operar estos días desde el aparcamiento de Xanadú. No se trata exclusivamente de soltar el monedero y montarse como si se tratara de una atracción de feria. La actividad sigue al pie de la letra la religión de estos locos de la aerostación.

La cita con los pasajeros es a las 8.00 de la mañana, cuando el fluido de la atmósfera por el cual van a navegar está tranquilo. El número ideal son cuatro personas (contando con el piloto), que participan desde el primer momento en el hinchado del globo. Una especie de ventilador gigante hace el trabajo sucio, mientras los aventureros sudan sujetando una lona que podría ocultar a un edificio de seis plantas. El piloto es también el guía, el que explica las curiosidades, el que arrima el hombro al que más nervioso está. Gracias a él, los pasajeros pueden conocer que no van a volar más allá de los 300 metros, a una velocidad de unos 20 kilómetros por hora, y que se van a divertir. Para ellos es *pecaza minuta*, uno se va en pocos días a sobrevolar las pirámides de Egipto. Otro acaba de regresar de Tanzania.

Para cuando está todo apunto hay que subirse en la cesta y acoplarse en un espacio con cuatro bombonas de propano en las esquinas. El con-

ductor calienta el aire lo más posible para empezar a flotar, aunque el globo está anclado todavía. «Dale un golpecito a esa palanca», pide a una pasajera, y, de repente, la sensación es la de un ascensor que sube disparado en vertical hasta que el resto del mundo se abandona.

Una vez arriba, el piloto sólo puede controlar la dirección subiendo o bajando de altura, buscando la corriente que empuja hacia el destino deseado. No hay vértigos que valgan. Flotando, el resto del mundo es tan pequeño que nada importa y el silencio, una vez sobrevolada la carretera de Extremadura, es imponente. Media Comunidad de Madrid está al alcance de la mano: Navacerrero, Sevilla la Nueva, Villanueva de la Cañada, al fondo la sierra... Cuando el artefacto se acerca a un pinar baja de altura, «vamos a jugar con el terreno», anuncia el piloto.

Su idea de jugar se traduce en contar las liebres que corren por el campo y en coger piñas. Literal. La cesta absorbe y rebota sin problemas en los árboles, «no hay peligro de quedarse atrancados porque son 400 kilos de inercia», sonríe Jacobo (el conductor), así que los pasajeros se pierden por entre las copas atrapando piñas y chocando contra las ramas.

Al cabo de una hora de vuelo, aproximadamente, se busca un lugar poco problemático donde parar. El aterrizaje es casi siempre forzoso, y la cesta vuelca irremediablemente con cuatro carcajadas dentro. Si todo ha salido bien, según la tradición, descorchan varias botellas de cava y se brinda, rematando así cada uno su *chute* particular de adrenalina.

GLOBOS EN XANADÚ

Las reservas para volar pueden hacerse por teléfono (91 859 61 21) o en la web www.vueloemadrid/xanadu.com. Los precios son 150 euros por persona. Salen diariamente desde el 'parking' de Xanadú.